

GEORGE S. CLASON

**EL
HOMBRE
MÁS
RICO DE
BABILONIA**



**EL HOMBRE
MÁS
RICO DE
BABILONIA**



GEORGE S. CLASON

**EL HOMBRE
MÁS
RICO DE
BABILONIA**



Título original The Richest Man in Babylon
Traducción: Daniela Quiceno
Primera edición en esta colección: abril de 2022

George Samuel Clason
© Sin Fronteras Grupo Editorial
ISBN: 978-628-7544-11-6

Coordinador editorial: Mauricio Duque Molano
Edición: Juana Restrepo Díaz
Diseño de colección y diagramación: Paula Andrea Gutiérrez Roldán

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado: impresión, fotocopia, etc, sin el permiso previo del editor.

Sin Fronteras, Grupo Editorial, apoya la protección de *copyright*.

Diseño epub:
Hipertexto - Netizen Digital Solutions

ÍNDICE

PREFACIO

CAPÍTULO 1

EL HOMBRE QUE DESEABA ORO

CAPÍTULO 2

EL HOMBRE MÁS RICO DE BABILONIA

CAPÍTULO 3

LOS SIETE MEDIOS PARA LLENAR UNA BOLSA VACÍA

CAPÍTULO 4

LA DIOSA DE LA FORTUNA

CAPÍTULO 5

LAS CINCO LEYES DEL ORO

CAPÍTULO 6

EL PRESTAMISTA DE ORO DE BABILONIA

CAPÍTULO 7

LAS MURALLAS DE BABILONIA

CAPÍTULO 8

EL COMERCIANTE DE CAMELLOS DE BABILONIA

CAPÍTULO 9

LAS TABLILLAS DE BARRO DE BABILONIA

CAPÍTULO 10

EL BABILONIO MÁS AFORTUNADO

NOTAS AL PIE

Su futuro se extiende ante usted como un camino que lleva al horizonte. A lo largo de este camino, surgen ambiciones que anhela hacer realidad, deseos que quiere satisfacer.

Para hacer realidad sus ambiciones y sus deseos, primero debe triunfar en el terreno financiero. Aplique los principios fundamentales claramente enunciados en las páginas de este libro y podrá lograrlo. Deje que estos principios lo lleven más allá de las dificultades que trae la pobreza, y que le ofrezcan la vida feliz y plena que da una bolsa bien provista.

Estos principios son universales e inmutables, como la ley de la gravedad y podrán enseñarle, como ya lo han hecho a tantos otros antes que usted, la manera de llenar su bolsa, de aumentar el saldo de su cuenta bancaria y de asegurarse un notable éxito económico.

El dinero abunda para quienes comprenden las simples reglas de la adquisición de bienes.

1. Comience a llenar su bolsa.
2. Controle sus gastos.
3. Haga que su dinero dé frutos.
4. Proteja sus tesoros de las pérdidas.
5. Haga de su propiedad una inversión rentable.
6. Asegure ingresos para el futuro.
7. Aumente su habilidad para adquirir bienes.

PREFACIO

La prosperidad de la nación depende de la prosperidad personal de cada uno de sus habitantes.

Este libro trata del éxito personal de cada uno. El éxito procede de los logros producidos gracias a nuestros esfuerzos y habilidad. Una buena preparación es la clave del éxito. Nuestras acciones no pueden ser más sabias que nuestros pensamientos. Nuestra manera de pensar no puede ser más sabia que nuestro entendimiento.

Este libro de tratamiento para los bolsillos vacíos constituye una guía financiera. Su objetivo es ofrecer una visión de cómo conseguir dinero, cómo conservarlo, y cómo hacer que dé frutos a quienes buscan el éxito financiero.

En las páginas siguientes, le transportaremos a Babilonia, cuna de las reglas básicas de la economía que aún hoy son reconocidas y aplicadas en todo el mundo.

El autor desea que este libro sirva de inspiración para sus nuevos lectores, como lo ha sido para tantos otros en todo el país, a fin de que el saldo de su cuenta bancaria incremente constantemente, de que aumenten sus éxitos económicos y de que descubra la solución a sus problemas financieros.

El autor aprovecha la ocasión para expresar su gratitud a los administradores que han compartido generosamente estos relatos con sus amigos, parientes, empleados y

asociados. Ningún apoyo habría sido más convincente que el de los hombres prácticos que han aprendido y atesorado estas enseñanzas y han triunfado utilizando las reglas que propone este libro.

Babilonia fue la ciudad más rica del mundo en la antigüedad porque sus ciudadanos eran las personas más prósperas de aquellos tiempos. Apreciaban el valor del dinero. Aplicaron reglas básicas inmutables para obtenerlo, conservarlo y hacerle dar fruto. Consiguieron lo que todos deseamos: ingresos para el futuro.

G.S.C.

UN BOSQUEJO HISTÓRICO DE BABILONIA

En el curso de la historia, no ha habido una ciudad más majestuosa que Babilonia. Su nombre evoca visiones de riqueza y esplendor, y las historias sobre sus tesoros de oro y joyas eran fabulosas. Podríamos pensar que una ciudad así tenía un emplazamiento maravilloso, rodeada de ricos recursos naturales como bosques o minas en un exuberante clima tropical. Pero este no era el caso: Babilonia se extendía a lo largo del curso de los ríos Tigris y Éufrates en un valle árido y plano. No había bosques, minas, ni una sola piedra para la construcción. No estaba situada en una vía comercial natural y las lluvias eran insuficientes para la agricultura.

Babilonia es un ejemplo de la capacidad del hombre para alcanzar grandes objetivos usando los medios que tiene a su alcance. En ella, todos los recursos habían sido desarrollados por el hombre y todas las riquezas eran producto del trabajo humano.

Babilonia poseía tan solo dos recursos naturales: una tierra fértil y el agua del río. Gracias a una de las más grandes proezas técnicas de todos los tiempos, los

ingenieros babilonios desviaron las aguas del río mediante diques e inmensos canales de irrigación. Los canales atravesaban todos los parajes del árido valle para llevar agua al fértil suelo. Estas obras constituyen uno de los primeros trabajos de ingeniería de la historia y el sistema de irrigación permitió que las cosechas fueran más abundantes de lo que habían sido nunca.

Afortunadamente, Babilonia fue gobernada durante su larga existencia por sucesivos linajes de reyes que solo ocasionalmente se dedicaban a las conquistas y a los saqueos. Aunque la ciudad se embarcó en diversas guerras, estas fueron locales o para defenderse de los ambiciosos conquistadores llegados de otros países que codiciaban sus fabulosos tesoros. Los extraordinarios dirigentes de Babilonia pasaron a la historia a causa de su sabiduría, audacia y justicia. Babilonia no produjo monarquías ambiciosas que querían conquistar el mundo conocido y forzar a las naciones a someterse a ella. Babilonia ya no existe como ciudad: cuando las fuerzas humanas, que construyeron y mantuvieron la ciudad durante miles de años desaparecieron, se convirtió rápidamente en un cúmulo de ruinas desiertas. Estaba situada en Asia, a unos mil kilómetros del canal de Suez, justo al norte del Golfo Pérsico. Su latitud se acerca a los treinta grados sobre el Ecuador, al igual que la de Yuma, Arizona, y poseía un clima semejante al de esta ciudad, caliente y seco.

El valle del Éufrates, en otro tiempo una poblada región agrícola, es hoy una llanura árida barrida por el viento. Las escasas hierbas y los arbustos del desierto luchan contra la arena llevada por el viento. Los fértiles campos, las grandes ciudades y las largas caravanas de los ricos comerciantes ya no existen. Las tribus árabes nómadas son las únicas habitantes del valle desde la era cristiana y subsisten gracias a sus pequeños rebaños.

La región está salpicada de colinas. Durante siglos fueron consideradas como tales, pero los fragmentos de

alfarería y ladrillos desgastados por las ocasionales lluvias llamaron finalmente la atención de los arqueólogos. Se organizaron campañas para realizar excavaciones financiadas por museos europeos y americanos. Los picos y las palas demostraron rápidamente que aquellas colinas eran ciudades antiguas, las podríamos llamar 'tumbas de ciudades'.

Babilonia es una de ellas: los vientos habían esparcido sobre ella el polvo del desierto durante veinte siglos. Las murallas, originalmente construidas con ladrillo, se habían desintegrado y habían vuelto a la tierra. Así es actualmente la entonces rica ciudad de Babilonia: un montón de tierra abandonada hace tanto tiempo que nadie conocía su nombre hasta que se retiraron los escombros acumulados durante siglos en las calles, los nobles templos y los palacios.

Muchos científicos consideran que las civilizaciones babilónica y las de las otras ciudades del valle son las más antiguas de las que se tiene conocimiento. Se ha demostrado de manera fehaciente que datan de hasta los 8.000 años de antigüedad.

Un hecho interesante es la forma en la que se establecieron estas fechas: en las ruinas de Babilonia se descubrieron descripciones de un eclipse solar; de este modo, los astrónomos modernos calcularon fácilmente cuándo hubo un eclipse visible en Babilonia y pudieron así establecer la relación entre su calendario y el nuestro.

Así se pudo calcular que hace 8.000 años, los sumerios que ocupaban Babilonia vivían en ciudades fortificadas. Sin embargo, no se puede calcular desde cuándo existían dichas ciudades. Sus habitantes no eran simples bárbaros que vivían en el interior de unas murallas protectoras, sino personas cultas e inteligentes. En la medida en que podemos remontarnos en el pasado en la historia escrita, fueron los primeros ingenieros, astrónomos, matemáticos,

financieros, y el primer pueblo que poseyó una lengua escrita.

Ya hemos hablado de los sistemas de irrigación que transformaron el árido valle en un exuberante vergel. Los vestigios de los canales aún son visibles, aunque la mayor parte esté llena de arena. Algunos de ellos eran tan grandes que, cuando no llevaban agua, una docena de caballos podían galopar uno al lado del otro en su interior. Podrían compararse en amplitud con los canales más anchos de Colorado y Utah.

Además de regar la tierra, los ingenieros babilonios llevaron a cabo otro proyecto igualmente vasto: recuperar una inmensa región pantanosa en la desembocadura del Éufrates por medio de un sistema de drenaje con el fin de hacerla cultivable.

Heródoto, historiador y viajero griego, visitó Babilonia tal como era durante su apogeo y nos dejó la única descripción conocida hecha por un extranjero. Sus escritos presentan una descripción detallada de la ciudad y algunas de las peculiares costumbres de sus habitantes. Menciona la notable fertilidad de la tierra y las abundantes cosechas de trigo y cebada que se recogían.

La gloria de Babilonia se ha apagado, pero su sabiduría ha sido conservada para nuestro beneficio gracias a los archivos. En aquellos tiempos lejanos, el papel no había sido todavía inventado, y, en su lugar, la gente grababa laboriosamente sus escritos en tablillas de arcilla húmeda. Una vez terminadas, las cocían y quedaban duras. Medían aproximadamente seis por ocho pulgadas y el espesor era de una pulgada.

Estas tablillas de barro, como se les llama comúnmente, eran utilizadas de la misma forma que nosotros empleamos las formas de escritura modernas: se grababan leyendas, poesía, historia, transcripciones de decretos reales, leyes del país, títulos de propiedad, billetes e, incluso, cartas que eran enviadas mediante mensajeros hacia ciudades lejanas.

Gracias a estas tablillas, hemos podido conocer sobre asuntos personales e íntimos de sus habitantes. Una tablilla que seguramente provenía de los archivos del almacén de la ciudad cuenta, por ejemplo, que un cliente llevó una vaca y la cambió por siete sacos de trigo, tres entregados en el momento de la transacción y los otros cuatro a conveniencia del cliente.

Los arqueólogos recuperaron bibliotecas enteras de estas tablillas, cientos de miles de ellas, protegidas por los escombros de las ciudades.

Las inmensas murallas que rodeaban la ciudad constituían una de las extraordinarias maravillas de Babilonia. En la antigüedad, se les comparaba con las pirámides de Egipto y se les consideraba una de las siete maravillas del mundo. El mérito de la construcción de las primeras murallas se le atribuye a la reina Semiramis, pero los arqueólogos modernos no han podido encontrar vestigios de estas primeras construcciones, ni establecer su altura exacta. Por los relatos de los primeros escritores, se estima que medían entre unos cincuenta y sesenta pies en la parte exterior, que estaban hechos de ladrillos cocidos y además protegidos por un profundo foso de agua.

Las murallas más recientes y célebres fueron construidas unos seiscientos años antes de Cristo por el rey Nabopolasar, quien concibió una construcción tan colosal que no pudo vivir para ver las obras culminadas. Fue su hijo Nabucodonosor, cuyo nombre aparece en la Biblia, quien las terminó.

La altura y la longitud de estas murallas más recientes son dignas de asombro. Una autoridad digna de confianza informó que debieron de tener alrededor de cincuenta y dos metros; es decir, la altura de un edificio moderno de quince plantas. Se estima que la longitud total de las murallas era de entre quince y diecisiete kilómetros y su anchura era tal, que en su parte superior podía correr un carro tirado por seis caballos. Hoy no queda prácticamente